

e- tendrá que as circunstancias de decisión que os ánimos que to.

liberadamente remos mantener el Estado hablamos, os otras vías, oyo la idea de ", lo que de e de Yanako- comicios no fraude.

só claridad al jar no sólo en a en el terreno tiene urgentes dinarias, que das, por ejem- va enmienda

Kuchma, una a sería, a par- ama Corte de e la segunda decreto una ovich y Yus- es.

ser celebrar nuevos candi- impedimento M que se pre- da de estos d difícilmente que tampoco tan otras vías ro.

cido el plazo para cesar a de regiones la Comisión ació que no de bloqueo de saliente hasta en la Suprema



entaron simpá-

EN TAPACHULA, LA CIUDAD más numerosa de la otra frontera, se viven días de historia colectiva. Un falso anuncio radiofónico alertando sobre el ataque de *maras salvatruchas* contra centros educativos provocó el pánico. El pasado 22 de noviembre las escuelas cerraron, los padres encerraron a sus hijos en la casa y los maestros tomaron las calles para protestar. El ataque nunca se produjo.

Ciudad de tránsito de miles de migrantes centroamericanos indocumentados, centro de tráfico de drogas, puerta de entrada para prostitutas que se alquilan en los prostibulos del sur de México, Tapachula se ha convertido también en territorio de bandas juveniles. Durante el desfile para conmemorar el aniversario de la Revolución Mexicana se produjo una riña en el centro de la ciudad. Los *maras* atacaron a un grupo de alumnos. La policía detuvo a 34 personas. El temor se apoderó de los habitantes del municipio.

Durante los días siguientes, en distintos operativos policíacos se detuvo a casi 200 presuntos integrantes de la banda y a 47 *polleros*. Los guatemaltecos fueron deportados.

Pero los *maras* no son, ni con mucho, culpables de todos los males que se les achacan. Según documenta Laura Castellanos en *Masiosare*, más de la mitad de los ataques contra los migrantes son cometidos por agentes mexicanos. De las agresiones perpetradas por la delincuencia común, las bandas son responsables sólo en dos de cada nueve casos.

Los *maras* son pandillas transfronterizas, hijas de la globalización. Una, la *MS13*, surgió en la década de los 80 en Los Angeles, California, al igual que su rival, la *M18*, fundada por jóvenes salvadoreños que huían de la guerra. Su nombre: la *marabunta*; su apellido: el 13, la calle donde nació; la *salva-trucha*, sinónimo a la medida de "identidad nacional y orgullo de ser abusados".

A raíz de la firma de los acuerdos de paz en El Salvador entre guerrilla y gobierno, las autoridades estadounidenses repatriaron a 5 mil 300 salvadoreños, reos incluidos; la simiente encontró campo fértil. Se cree que, al menos 16 por ciento tenían antecedentes violentos. Y rápidamente se expandieron a otras naciones del área.

Pandillas de la globalización

LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO

Sus integrantes tienen entre 12 y poco más de 30 años de edad. Son -las cifras varían dependiendo de la fuente- unos 234 mil salvadoreños, guatemaltecos, hondureños, estadounidenses y mexicanos. Muchas de sus señas de identidad, los tatuajes incluidos, así como sus códigos lingüísticos se originaron en los barrios de Estados Unidos. Los límites de sus territorios están marcados por grafitis.

Sin embargo, indudablemente su tarjeta de presentación en sociedad es, cada vez con mayor fuerza, la violencia. La brutalidad sin utopía, sin proyecto, se ha convertido para ellos en una forma de vida, en un artilugio de identidad, en un mecanismo de reconocimiento.

Las historias circulan. Al día siguiente de la muerte del joven perteneciente al *M18* a manos de un grupo rival, la madre y los amigos del pandillero velaron y enterraron su cuerpo. Veinticuatro horas después del funeral sus enemigos de la *Maru 13* desenterraron el cadáver, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego.

Maras, *galladas*, *pandillas*, *chicax*, *chapulines*, *cholos*, bandas son algunos de los nombres con los que se conoce a los grupos juveniles de las barriadas marginales de grandes ciudades. El grupo proporciona a sus integrantes ingresos, autoestima y solidaridad.

Su fuerza ha alcanzado dimensiones notables. Hace unos cuantos días el gobierno salvadoreño propuso a las *maras* declarar una tregua para la época de Navidad y año nuevo.

Según Oscar Bonilla, director del Consejo Nacional

de Seguridad Pública de ese país, "de lo que se trata es que las pandillas detengan su accionar y adviertan las bondades de la paz, que sientan que la rehabilitación es posible y es por eso que les pedimos a los dirigentes de las *maras* que están presos que incidan para que paren el accionar delictivo de sus compañeros".

La propuesta gubernamental está siendo negociada con los líderes de las bandas en las penitenciarías en las que se encuentran reclusos. Y entre los puntos de discusión se encuentra el cómo llamarle al impasse pactado de la violencia callejera.

De acuerdo con el funcionario Bonilla "nosotros hablamos de permitir espacio a la tranquilidad de las personas en las calles; ellos, los pandilleros, prefieren el concepto de tregua navideña".

El asunto va en serio. Apenas el pasado 24 de septiembre un grupo de reos perteneciente a la *Maru 18* tomó de rehenes a más 40 personas en un penal del departamento norteño de Chalatenango y a otras 60 en la cárcel de Cojatepeque, en las afueras de la capital salvadoreña.

La existencia de los *maras* está marcada también por el terror en su contra. Entre 1998 y 2000 se registraron -sólo en Honduras- mil menores de edad presuntamente ejecutados de manera extrajudicial. En El Salvador han renunciado los escuadrones de la muerte o la *Sombra Negra*, responsables de secuestros y homicidios de jóvenes. En Guatemala, un promedio de 30 jóvenes de edad son asesinados cada mes, muy probablemente como parte de esta guerra contra las bandas.

Los *maras* son una variante de la cultura de sobrevivencia de los pobres y los excluidos, de los que habitan los sótanos de los países de la región. Los estudios más serios rechazan que sus integrantes provengan de hogares desintegrados. Muestran, en cambio, que son producto de sociedades fracturadas por la destrucción de formas de vida y convivencia tradicionales, como las centroamericanas. Pero los *maras* son también expresión y síntoma de las debilidades de las izquierdas. Pueden llegar a ser, además, prefiguración de patrones de conducta de cada vez más amplios sectores de la juventud latinoamericana. ■

CON LOS DÍAS -no sólo en México-, la gobernabilidad se deteriora, se erosiona en un curso continuo: las reglas sociales históricas que regulaban la cohesión y el consenso se derrumban sin remedio, frente a nuestros ojos, lentamente. Cada día surgen formas nuevas donde el status quo de la dominación es puesto en cuestión y la convivencia social se rompe, a veces de formas monstruosas. México se vuelve ingobernable para el gobierno.

Las reglas del contrato social que configuraban el régimen de la Revolución Mexicana fueron puestas en cuestión, primero, por el reclamo democrático surgido en los años 70, después del elocuente aviso de 1968. El régimen autoritario priísta cedía sin prisa a través de sucesivas reformas al sistema electoral, pero simultáneamente el contrato social fue siendo despedazado por el economicismo del Consenso de Washington, por la globalización neoliberal a la que se plegaron, no contra su voluntad, sino en un entendimiento y coincidencia básicos, los sucesivos gobiernos de De la Madrid, Salinas y Zedillo, y también el gobierno del "cambio".

En 1982 el Estado mexicano estaba quebrado. Había alcanzado un déficit externo sin precedentes, un déficit fiscal sin precedentes, una deuda externa sin precedentes. Entró en mora obligada, tenía absolutamente obstruido el financiamiento externo y las presiones inflacionarias tendían al alza velozmente. México, en ese año, inauguró la primera crisis internacional de deuda externa.

La fractura entre el gobierno y los empresarios -parte de las rupturas del contrato social- era un enorme abismo, producto de la estatización bancaria y de la política económica de López Portillo y Echeverría.

Esta fue la vía que seguimos frente a esos problemas: la política económica desde 1982 horadó cada

Nuevo contrato social

JOSÉ BIANCO

día las diversas dimensiones de la vida social, aplicándose con espantosa eficacia a derruir el contrato social. La modernización fue entendida como el abandono de los ciudadanos a su suerte -en un marco de estancamiento económico- en la creencia de que ello haría de los mexicanos -de la noche a la mañana- adultos completos, ciudadanos enteros: el Estado no tutelaría más la adolescente sociedad mexicana.

La histórica desigualdad social fue profundizada. El país se volvió un creciente maremágnum.

A mediados de los años 90 era crecientemente claro que las recetas económicas que el FMI y Washington aplicaban al mundo subdesarrollado eran contrarias a las que se aplicaban a sí mismos los países desarrollados, especialmente Estados Unidos. Era obvio que el FMI no estaba trabajando por la estabilidad global, sino por una estabilidad que favoreciera los intereses del capital financiero internacional; en particular, la política procíclica que nos recetaron tenía el propósito de llegar al extremo de producir y sostener -a veces por largos periodos- un superávit en la balanza de pagos para reconstruir las reservas internacionales de pagos, a efecto de que los capitales externos invertidos en México tuvieran garantizadas sus ganancias, aunque ello fuera al costo del estancamiento, del desempleo, del hambre, de la

pobreza de más de la mitad de la población mexicana.

Entre otros, Joseph Stiglitz se ha encargado de demostrar una a una las políticas del Consenso de Washington y de mostrar los mecanismos a través de los cuales Wall Street ha explotado al mundo pobre durante los malos años de los crisis de los 80 y los 90.

No podemos decir que los miembros de la cima de la clase dirigente se equivocaron; fueron formados en Estados Unidos y tienen la cabeza estructuralmente idéntica que sus maestros, nunca discreparon de ellos y llevaron al país, económica, social y políticamente al caos que empezamos a vivir.

Rusia -muerto el "socialismo" que nunca fue- se entregó a los dictados del FMI en su transición a la economía de mercado, y fue hecha añicos. Polonia, Hungría o Eslovaquia resistieron al FMI, también a partir de situaciones de crisis agudas y de transición a economías de mercado, y hoy están en condiciones mil veces mejores y en posibilidad de plantearse proyectos de desarrollo mucho más ambiciosos.

China decidió transitar hacia una economía de mercado, pero no abandonó a las masas ni permitió la entrada del capital especulativo. Tomó sus propias decisiones.

La sociedad mexicana tiene el inmenso reto de crear la condición de una gobernabilidad para el desarrollo nacional. Una en la que los diversos grupos organizados tengan formas efectivas de ejercer poder y autoridad, de modo que decidan o influyan de modo determinante el diseño de políticas relativas a la vida pública y al desarrollo económico y social atendiendo a los intereses de sí mismos y del país como conjunto.

Insistamos en que un nuevo contrato social es indispensable, y ello implica formas nuevas de gobernación y de estructuración de los órganos del Estado, así como de decisión en la gestión de los recursos para la igualdad y el desarrollo. ■